

CONSIDERACIONES SOBRE UN PADRE Y UN MAESTRO DESDE MI HUMILDE SERVICIO SACERDOTAL

Universidad Católica Argentina

Pbro. Dr. Jorge A. Murias

Introducción

A partir del año 1981 tuve la suerte de comenzar a trabajar como Profesor de Teología en la UCA. En octubre de 1982, su Rector, Monseñor Guillermo Blanco, creó el Centro de Espiritualidad y Acción Pastoral y me nombró su primer Director. Desde entonces y hasta que el Señor lo llamó para ir a su casa definitiva, tuve la suerte de compartir con él todos estos años, como discípulo, colaborador directo y acompañante espiritual.

En este artículo quisiera recordarlo como: 1) Hijo del Padre; 2) Padre de todos y 3) Rector de la UCA.

1. Hijo del Padre

Compartir su espiritualidad profunda en distintos momentos y con diversos medios: reflexiones sobre textos bíblicos, sobre salmos y lecturas del breviario, y sólidas reflexiones teológicas sobre temas muy cercanos a las vivencias diarias de cada persona. Valoraba mucho al cardenal Juan Carlos Aramburu, al nuncio apostólico Ubaldo Calabresi, que hacía las confirmaciones en la Universidad, y muy especialmente a Monseñor Octavio Nicolás Derisi.

Al poco tiempo de crear el Centro de Espiritualidad y Acción Pastoral, lo elevó a la categoría de Instituto. Y a partir de ahí fue motivador directo de toda la actividad pastoral: teníamos catorce capellanes, en los actos de graduación se comenzaba con la celebración de la Eucaristía y se instituyó el premio de «Dedicación pastoral» al graduado que más se hubiera destacado en su compromiso evangélico.

También se interesó mucho por la noche de Pentecostés que comenzaba a las 22:00 horas y terminaba en la madrugada, con la animación de cada hora por una Facultad. Para el encuentro en Córdoba de 100.000 jóvenes nos ayudó a llevar 140 alumnos de la UCA. Le interesaba mucho también la inserción latinoamericana en pastoral universitaria, así pudimos participar con varios alumnos en encuentros en Guadalajara, Cochabamba y en Bogotá en el CELAM.

Tenía un gran deseo de realizar convivencias entre directivos y docentes de todas las Facultades para reflexionar sobre cómo debería crecer nuestra Universidad. Nos hizo participar muy activamente en celebraciones con el Papa Juan Pablo II: la Misa en la avenida 9 de Julio en las Segundas Jornadas Mundiales de la Juventud y el encuentro del Papa con el mundo de la cultura en el Teatro Colón. La celebración de la Misa para suspender la guerra inminente con los hermanos de Chile. El envío de 60 universitarios a las jornadas mundiales de la juventud en París y a una convivencia en Taizé.

Y finalmente nos orientó para colaborar con el gran jesuita colombiano Alfonso Borrero, en Simposios sobre cómo construir la Universidad en el mundo de hoy y especialmente para unirnos en ese proyecto en toda Latinoamérica.

Terminando estas reflexiones que muestran su profundo compromiso como sacerdote, quiero destacar el bien que recibí por su testimonio durante todos los años que tuve el honor de hacer su acompañamiento espiritual.

2. Padre de todos

Este aspecto lo presentaré desde varias virtudes que se destacaban en su conducta:

Prudencia: «Es saber lo que hay que hacer en cada circunstancia». Esta doble fuente requiere conocer los principios fundamentales que rigen la conducta y considerar la situación concreta sobre la cual se van a aplicar. El primer acto de la prudencia es la deliberación, y Monseñor Blanco, antes de tomar cualquier decisión hacía las consultas correspondientes considerando las propuestas, los medios, las posibilidades. Esta virtud requiere también tener *doci-*

lidad, que significa dejarse enseñar por otras personas, los acontecimientos, la vida. Y esto implica rodearse de buenos consejeros y exige humildad.

Justicia: «Es dar a cada uno lo que le corresponde». Y Monseñor Blanco ejercía en cada momento la justicia distributiva, de la autoridad con los súbditos. Y realmente vivía lo que exige la autoridad; ser crecido como persona para hacer crecer y sólido fundamento para servir de base a las personas y a los proyectos.

Comprensión: «Comprender es reconocer los factores que influyen en los sentimientos o en el comportamiento de una persona». La comprensión se funda en la simpatía (sentir con el otro, tener comunidad de sentimientos) y en la empatía (intentar ver las cosas desde su punto de vista).

Generosidad: «Es actuar a favor de otro, de una manera desinteresada y con alegría aunque cueste esfuerzo». La generosidad en Monseñor surgía de su seguridad interior y del deseo permanente de servir a todos los demás, buscando hacerles la vida más agradable y ayudar siempre a los más necesitados.

Humildad: «Es reconocer las propias limitaciones, cualidades y capacidades, y aprovecharlas para hacer el bien sin llamar la atención, ni buscar el aplauso ajeno». Siempre en toda su gestión, Monseñor Blanco se destacó por su constante y profunda humildad.

Laboriosidad: «Es cumplir diligentemente las actividades emprendidas, sea en el trabajo como en el cumplimiento de otras obligaciones asumidas». Monseñor hacía todo con entusiasmo y cariño, expresando cada vez su estilo personal.

Optimismo: «Es confiar razonablemente en las propias posibilidades y en la ayuda que nos pueden dar los demás». Monseñor veía siempre primero lo positivo y luego las dificultades y los obstáculos. Era muy realista, no era ingenuo, confiaba siempre muy razonablemente. Y su gran seguridad era: confiar en Dios, en los demás y en sí mismo.

Patriotismo: «Es reconocer lo que nos da la Patria, es tributarle honor, respeto y servicio. Es reforzar y defender los

valores que hacen al ser nacional». Monseñor por el espíritu recibido en su familia y por su formación, siempre se preocupó mucho por querer formar dirigentes para la Patria.

Nos gustaba compartir y tratar de que se asumiera el juramento ateniense que hacían los jóvenes de la antigua Grecia cuando cumplían diecisiete años:

Nunca traeremos vergüenza sobre nuestra ciudad mediante actos de deshonestidad.

Lucharemos por los ideales y las cosas sagradas de la ciudad, tanto individualmente como en grupo.

Reverenciaremos y obedeceremos las leyes de la ciudad, y haremos todo lo posible para alentar la reverencia y el respeto en quienes estén por encima de nosotros y sean propensos a soslayarlas o desobedecerlas.

Lucharemos sin cesar para agudizar el sentido del deber cívico en el pueblo.

De esta manera legaremos una ciudad más grande y esplendorosa que la que hemos recibido.

Sobriedad: «Es la capacidad para distinguir entre lo razonable y lo desmedido». Monseñor usaba con mesura los cinco sentidos, el poder, el dinero y el tiempo.

Mantener la palabra dada: Monseñor apreciaba mucho el Salmo XV: «¿Señor quién habitará en tu casa? Aquél que mantiene la palabra dada aún en perjuicio propio».

3. Rector de la UCA

Sobre este tema, haré un pequeño resumen ya que miles de personas durante los años de su Rectorado lo han podido ver y apreciar.

Atendía a todos (agrego a cualquiera) y al momento. Y en cualquier función o lugar de la Universidad. Valoraba mucho la preparación para la elección de Decanos en cada Facultad. Dos veces por año invitaba a alumnos del Consejo de FEUCA a asistir al Consejo Superior para que nos dijeran cómo veían la Universidad y qué esperaban de nosotros.

Fue un gran anfitrión en el encuentro espiritual, social y deportivo que hicimos con Universidades Católicas de Argentina y de países vecinos.

Siempre hablábamos sobre las tres dimensiones del dirigente cristiano:

a. Tener mirada profunda: como recuerda la parábola jasidíaca, logramos pasar de las tinieblas a la luz cuando podemos ver en la cara de cada persona el rostro de un hermano.

b. Tener un corazón magno: como nos recuerda Antoine de Saint-Exupéry en «Piloto de guerra»

*Entreveo mejor el principio
de las victorias,
aquél que se asegura un
puesto de sacristán o de
sillera en una catedral
construida, está ya vencido.
Pero cualquiera que lleve en
el corazón una catedral por
construir, ese es ya vencedor.*

Y agregábamos: «Una Argentina y un continente por construir».

c. Ser santos: siempre nos gustaba recordar la gran noche del 24 de diciembre de 1887 en Francia cuando tres personas decidieron serlo: Teresita Martin, Charles de Foucauld y Paul Claudel. También a veces desarrollábamos bastante cuatro columnas de espiritualidad: 1) Oración y moral privada. 2) Justicia social. 3) Corazón benevolente y compasivo. 4) Pertenencia a una comunidad eclesial. (cfr. «En busca de espiritualidad» de Ronald Rolheiser, pp. 87 a 96).

La columna de la justicia social nos exige más que nunca a nosotros y a nuestros alumnos asumir totalmente y diariamente ese compromiso. Pensemos en los excluidos, las comunidades marginadas, los esclavos, los chicos en la calle... Jesús, en Mateo 25, 31-46, nos lo dice con toda claridad: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia y El separará a unos de

otros, y pondrá a unos a su derecha y a otros a su izquierda».

Entonces el rey dirá a los que tenga a su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, estaba de paso y me alojaron, desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, preso y me vinieron a ver». Los justos le responderán: «Señor ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso y fuimos a verte?» Y el rey les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo». Luego dirá a los de la izquierda: «Aléjense de mí, malditos, vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre y ustedes no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, estaba de paso y no me alojaron, desnudo y no me vistieron, enfermo y preso y no me visitaron». Estos a su vez, le preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?» Y El les responderá: «Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo. Estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna». Y en Lucas 14, 12-14: «Cuando ofrezcas un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos o familiares, a tus parientes o a tus amigos ricos, porque ellos te invitarán a ti y te pagarán tu gesto; no, cuando ofrezcas una fiesta invita a los pobres, a los lisiados, a los parálíticos, a los ciegos; así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos».

Para concluir este recuerdo y esta necesidad cada vez más actual y urgente de ayudar a los que sufren, quiero mencionar especialmente a los chicos que viven en situaciones de extrema pobreza, y voy a citar al poeta mendocino Armando Tejada Gómez, que conoce mucho esta situación:

A esta hora, exactamente,
hay un niño en la calle.

Es honra de los hombres proteger lo que crece,
cuidar que no haya infancia dispersa por las calles,

evitar que naufrague su corazón aún inocente,
su increíble aventura de pan y chocolate,
transitando países de bandidos y tesoros.
Es honra de los hombres poner una estrella en el sitio
del hambre
porque sino es inútil ensayar en la tierra
la alegría y el canto,
porque todo se vuelve absurdo
si sigue habiendo un niño en la calle.
La canción de los hombres honrados
necesita saber si esos niños se han salvado
porque sino es inútil la juventud, la música
y va a doler mucho este año la primavera que florece,
importan dos maneras de concebir el mundo:
una, salvarse solo,
arrojar ciegamente a los demás de la balsa
y la otra,
un destino de salvarse con todos,
comprometer la vida hasta el último naufrago
no dormir esta noche si hay un niño en la calle
Exactamente ahora si llueve en la ciudad
si desciende la niebla cual sorda angustia
y el viento no es una canción en las ventanas,
no debe andar descalzo ese niño
que enarbola un diario, una birrome,
una estampita o simplemente su mano
ya ennegrecida por la fealdad de la lucha cotidiana.
No, no debe andar la vida, recién nacida a precio,
la niñez arriesgada en trenes veloces, y en sórdidos
albergues,
comercializada, golpeada, explotada, prostituida,
porque entonces mis manos son dos muñones inútiles
y mi corazón,
apenas un débil sentimiento.

Para concluir me gustaría mencionar que Monseñor Guillermo Blanco fue padrino de mi tesis doctoral en Filosofía y entre otras cosas hablamos bastante de crecer cada uno desde lo propio. Agrego este texto llamado «El árbol confundido»

(autor desconocido).

Había una vez, en algún lugar que podría ser cualquier lugar, y un tiempo que podría ser cualquier tiempo, un hermoso jardín, con manzanos, naranjos, perales y bellísimos rosales, todos ellos felices y satisfechos.

Todo era alegría en el jardín, excepto por un árbol profundamente triste. El pobre tenía un problema: «No sabía quién era». «Lo que te falta es concentración», le decía el manzano, «si realmente lo intentas, podrás tener sabrosas manzanas. ¿Ves que fácil es?»

«No lo escuches», exigía el rosal. «Es más sencillo tener rosas y ¿ves que bellas son?»

Y el árbol desesperado, intentaba todo lo que le sugerían, y como no lograba ser como los demás, se sentía cada vez más frustrado. Un día llegó hasta el jardín el búho, la más sabia de las aves, y al ver la desesperación del árbol exclamó: «No te preocupes, tu problema no es tan grave, es el mismo de muchísimos seres sobre la tierra. Yo te daré la solución. No dediques tu vida a ser como los demás quieran que seas. Sé tú mismo, concóctete, y para lograrlo, escucha tu voz interior». Y dicho esto el búho desapareció.

«¿Mi voz interior...? ¿Ser yo mismo...? ¿Conocerme...?», se preguntaba el árbol desesperado, cuándo de pronto comprendió. Y cerrando los ojos y los oídos, abrió el corazón y por fin pudo escuchar su voz interior diciéndole: «Tú jamás darás manzanas porque no eres un manzano, ni florece-rás cada primavera porque no eres un rosal. Eres un roble y tu destino es crecer grande y majestuoso. Dar cobijo a las aves, sombra a los viajeros, belleza al paisaje. Tienes una misión, cúmplela». Y el árbol se sintió fuerte y seguro de sí mismo y se dispuso a ser todo aquello para lo cual estaba destinado. Así, pronto llenó su espacio y fue admirado y respetado por todos.

Y sólo entonces el jardín fue completamente feliz.

Y tú... ¿dejas crecer el roble que hay en ti?

En la vida, todos tienen un propósito que cumplir, un espacio que llenar.

No permitas que nada ni nadie te impida conocer y compartir la maravillosa esencia de tu ser.

Monseñor fue para nosotros un roble grande y majestuo-

so, siempre nos dio cobijo, siempre nos acompañó, incluso cuando ya era Rector Emérito y estaba en su silla de ruedas siempre participó en los actos solemnes de la Universidad.

Sólo me queda una frase: «¡Cuánto le agradezco a Dios que lo haya puesto en el camino de mi vida por todo el bien que me hizo!».

4. Epílogo

Debería hacer una síntesis sobre lo expuesto, pero lo haré confirmando en las actitudes de Monseñor Blanco, ejemplos de varios distinguidos filósofos. En ellos admiramos no solamente las verdades propuestas, sino el nítido ejemplo de sus vidas en una marcha rectilínea y ascendente hacia los más altos valores. Fueron realistas, recordando que ninguna revolución espiritual reemplaza la revolución económica, y sin lo económico lo espiritual es un engaño. Pero por otra parte, los remedios económicos y sociales nunca curarán la miseria del hombre si se abandona lo espiritual y lo moral donde se juega, en la libertad, el destino de la humanidad. Charles Péguy luchó con todas sus fuerzas para salvar la libertad de pensamiento, la libertad de elegir su vida, la libertad de creer. Con todas sus fuerzas defendió la causa del pensamiento humano, en sus conquistas y en su búsqueda más profunda, el pensamiento filosófico, la meditación moral, todo lo que hay de más frágil en nosotros, todo lo que nos hace ser hombres. En presencia de una barbarie técnica aplastante Péguy proclama la urgencia de la metafísica y la religión: «Quand le groupe des métaphysiques et des religions décroît derrière les côteaux, que l'humanité ne reverra sans doute jamais, en vérité; ne nous réjouissons pas, car symétriquement et solidairement c'est nous qui descendons». («Cuando el grupo de los metafísicos y de las religiones decrece detrás de los montes, y que la humanidad no volverá a ver jamás, en verdad, no nos alegremos, porque simétricamente y solidariamente somos nosotros los que descendemos»). Situations, C. Q. VIII, 3 de febrero de 1907, Oeuvres en prose complète, O. P. II, 1905-1909, p. 671. Tanto Péguy como Kierkegaard sufrieron la herida del pecado y su virtud salvadora, ambos sintieron profundamente la marca de la caída y el

llamado de la Gracia, con sus almas religiosas, los dos fundaron su pensamiento sobre las virtudes teologales. Y paralelamente, condenaron el pensamiento puro, la especulación abstracta en beneficio de la vida, de la acción, del compromiso. Y así la exigencia de encarnación, hace penetrar lo espiritual en lo carnal, la eternidad en el tiempo. Y entonces el heroísmo está en el esfuerzo temporal, en asumir cada día las obligaciones que exige nuestro estado de vida y el cargo que ocupamos. Y toda esa savia desbordante de *humanidad*, toda esa fuerza inaudita de la Gracia que es hacernos presente la *divinidad*, nos ayuda a asumir lo real en su mayor hondura, y esto nos permite percibir y comunicar la presencia actuante y continua del Eterno plasmando y elevando lo temporal.